

Nuestro paisaje latinoamericano

Lucas Perías, Argentina

Ya sabemos que el paisaje es esa imagen mental —individual y colectiva—, síntesis e interpretación de lo observado y vivenciado, por lo tanto es conceptual. Que es una construcción humana y cultural, por lo tanto es antrópico. Que se integra por componentes bióticos y abióticos, fijos y móviles, tangibles e intangibles, y según como se combinen o cual prevalezca tendrá un carácter determinado, por lo tanto es singular. Que se siente porque se escucha, se huele, se toca, se saborea, se ve, por lo tanto es sensible. Que se desarrolla en una dimensión temporal, porque es inestable, inquieto, cambiante, por lo tanto es dinámico. Que es enredado, intrincado, entrelazado y difícil de descifrar o sintetizar, por lo tanto complejo. Que es medible y adjetivable, se lo cualifica y cuantifica, por lo tanto es recurso. Que es prístino, rural o urbano, por lo tanto es funcional. Que es global, continental, regional, urbano, barrial, doméstico e íntimo, por lo tanto es multiescalar. Que no tiene fronteras políticas porque traspasa naciones y departamentos o distritos, por lo tanto es transfronterizo. Que es vestigio y testimonio del pasado y del presente, por lo tanto es patrimonio. Que es sujeto de derecho y salvaguarda, que demanda respeto y protección, por lo tanto es un bien. Que es denominado por su gente, que recibe un nombre que lo identifica y reconoce, por lo tanto es identitario. Que es de todas y todos, por lo tanto es público.

También sabemos que hay un paisaje en particular que es singular, dinámico, complejo, funcional, multiescalar, patrimonial, etc., que tiene cuerpo y alma, al que llamamos: Latinoamericano. Un paisaje que integra los territorios y supera las fronteras de Argentina, Bolivia, Brasil, Chile, Colombia, Costa Rica, Cuba, Ecuador, El Salvador, Guatemala, Honduras, México, Nicaragua, Panamá, Paraguay, Puerto Rico, Perú, República Dominicana, Uruguay y Venezuela. Que su orientación no está al Norte, sino al Sur o más bien al poniente, cómo se orientaron las grandes culturas precolombinas. Que es extremadamente extenso,



policromático, multifacético, fragmentado, heterogéneo y que desde la diversidad y oposición que lo caracteriza podemos comprenderlo como megaunidad.

También sabemos que es profundamente “agridulce.” Que tiene un crisol de razas como una suerte de ensalada de nativos y europeos, africanos, orientales y asiáticos, con un toque de azúcar morena y blanca sal refinada. Que tiene un solo suelo y un solo cielo, pero que son tan variados y distintos como el café y la yerba mate saborizada. Que tiene los colores más luminosos y vibrantes junto a los más oscuros y apagados, como un postre de frutas tropicales con cacao amargo rallado. Que produce arte, plástica y estética variada, que brota en su música, danza, poesía y demás expresiones visuales, tan sofisticadas como las notas amaderadas de un Malbec o más popular como una cerveza. Que tiene los suelos más duros y áridos y los más blandos y fangosos, como el dulce de leche o el caramelo quemado. Que tiene los mares, lagos y ríos más grandes y ricos, como la sandía o el zapallo en almíbar bien abrigado. Que tiene montañas, llanuras, selvas, desiertos y humedales, todos juntos y mezclados como un buen guiso con papas, maíz, porotos, salchichón, queso y hasta frutos de mar bien sazonados. Que tiene ciudades bucólicas, sublimes, románticas, violentas, poéticas, picantes, arrolladas o trozadas, como degustación de empanadas o pastéis. Que tiene alegrías tan extremas y tristezas tan profundas que derraman lágrimas de sangre como el vino tinto o cristalinas como el tequila ardiente.

Y también sabemos que posee otros condimentos que no encuentran metáfora culinaria que nos pueda agrandar, porqué no entran en el menú de gustos de nuestro paladar. Resulta que es tesoro de recursos —de los renovables, los no renovables y los que ya casi no se pueden encontrar— que es deseado y está en la mira de piratas y capitanes de otros pagos. Que está sometido a intereses ajenos, indeseados y absurdos. Que es



vendido o regalado bajo negocios fraudulentos, hijos de la corrupción y otros cuentos. Y lo peor de todo, es que en parte es ultrajado y devastado hasta por nosotros mismos, los abanderados del gentilicio “latino.”

Frente a este panorama se gestó la Iniciativa Latinoamericana del Paisaje, con Martha Fajardo como mentora y timón. Una organización independiente y libre de intereses económicos, con la intención de aunar esfuerzos dispersos, de acortar las distancias y de entrelazar las manos de diversos actores abocados al paisaje. A mí entender y considerándolo compartido con los demás miembros, hay tres claves que caracterizan y distinguen a esta Iniciativa: las puertas abiertas para quienes quieran ingresar, la libertad de propuesta-acción y la pluralidad de voces. En estas claves radica el éxito de LALI, porque ante un mundo plagado de instituciones mezquinas y materialistas, este espacio trabaja con el accionar ciudadano, con un compromiso común, colectivo y solidario. Por otro lado, una importante particularidad de la Iniciativa es que sobrepasa a la arquitectura paisajista, porque este colectivo trasciende intencionadamente a la Arquitectura, superando los recortes disciplinares para integrarse multidisciplinariamente en la unidad del PAISAJE.

Esta Iniciativa ya cumplió 5 años y “deja la formación inicial en el jardín de infantes”, completó el primer nivel de aprendizaje, ya tiene experiencia y sabe de qué se trata “el juego”. Ahora es momento de enfrentarse a la autocrítica para perfeccionarse y concretar grandes retos.

En relación con la crítica y frente al espíritu latinoamericanista aquí expuesto, considero oportuno plantear en este momento la discusión de la sigla que “mal” identifica a la Iniciativa, porque LALI responde a un origen que no es representativo en un sentido idiomático e ideológico —una región con habla mayoritaria de lenguas derivadas del latín,

principalmente español y portugués—, y esto no debiera ser interpretado como un acto banal, ese no es el sentido, por el contrario. Es importante comprender que en la esencia de las cosas radican los fundamentos y principios de base y una organización que lucha y brega por la identidad regional no debiera llevar un sello de lengua inglesa —sin ánimo ni sentido despreciativo—, justamente, para desligarse de la América anglosajona y hacer honor a la América culturalmente latina. Quizás resulte adecuado referirse a la “ILP” o simplemente no hagan falta siglas y podemos llamar a las cosas por su nombre completo y referirse explícitamente a la Iniciativa Latinoamericana del Paisaje.

En cuanto a los retos, cada día somos más y de múltiples contextos de acción (académico, científico, profesional, gubernamental y organizaciones no gubernamentales). La estructura de red con sus nodos temáticos de trabajo se fortalece y enraíza constantemente. Las bases están sólidas, es momento de enfocar las miradas y afrontar el compromiso por el tan deseado, aclamado y necesario: Convenio Latinoamericano del Paisaje. Porque cuando no hay barreras todo es posible y cuando existen podemos atravesarlas o integrarlas, con el ágil y creativo estilo que nos caracteriza —para sortear dificultades con mínimos recursos— a nosotros: los latinoamericanos.

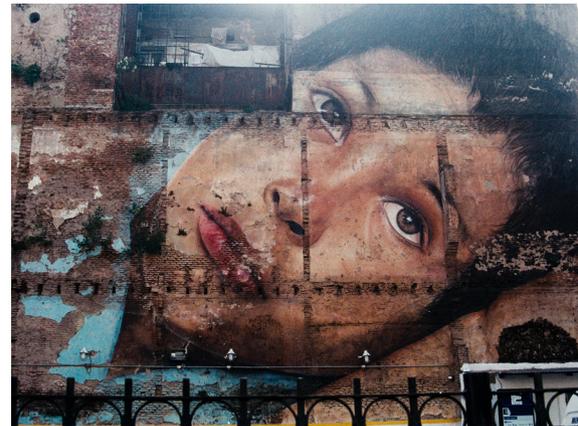


Figura 23. Paisaje urbano Buenos Aires
Fuente: Jens-Johnsson